

El niño y el adolescente ante desastres *The child and the teenager in disasters*

El 1 de Agosto pasado la ciudad de Asunción fue conmocionada por una tragedia de magnitud tal, dado los cuantiosos muertos y lesionados, que sus consecuencias tuvieron repercusiones nacionales e internacionales.

Es difícil asumir que en una soleada y fresca mañana de domingo, en un mediodía donde las familias se aprestaban a reunirse alrededor de una mesa familiar, la radio y la televisión comenzara a pasarnos información e imágenes de un hecho colosal por nosotros nunca antes conocido.

Como padres y como pediatras nos surge inmediatamente la pregunta: hasta donde esas informaciones y esas imágenes pueden producir daño a los niños testigos de ellas?. ¿Es, o no, correcto que dejemos participar a los niños de esa tragedia o es, quizás, mejor que tratemos de aislarlos de ellas y ocultarles lo ocurrido?.

Es indudable que la magnitud de la tragedia tendrá impacto diferente según la edad del niño que la presencia en pantalla o la lea o escuche en otros medios masivos de comunicación.

El lactante y el preescolar pueden permanecer impasibles ante lo que para nosotros es trágico. La capacidad de ellos para valorar el concepto de muerte no tiene la implicancia de lo definitivo e irremediable de la pérdida de un familiar o un amigo.

Sin embargo el niño escolar, y más aún el adolescente pueden sentirse desagradablemente impactados por tanto dolor, tantas lagrimas y tanto horror y deberán ser los padres, u otros familiares los que tendrán la obligación de limitar la exposición de ellos a estos sucesos y sobre todo a su exposición a las imágenes televisivas de los mismos, y acompañarlos en la discusión y comentarios, tratando de poner alguna nota de esperanza y seguridad de que ellos estarán siempre protegidos y acompañados.

Los padres deberán escuchar las preguntas que a esas edades planteen y buscar las respuestas que les den la confianza necesaria de que ellos no sufrirán consecuencias.

Las respuestas a las preguntas de los niños de edad escolar deberán siempre ser honestas, claras y simples. Sin negar la tristeza por lo ocurrido se deberá transmitir al niño de edad escolar la satisfacción por no haber sufrido ningún daño familiar e instarlos a reasumir lo más pronto posible sus tareas habituales.

Los adolescentes, por su parte, ya pueden comprender las causas y los efectos de las tragedias lo mismo que los adultos. Lo habitual es que ellos ya reaccionen con sentimientos de tristeza y de enojo ante lo ocurrido. Puede ayudarles sin embargo a sobrellevar los acontecimientos, el instarles a participar de actividades de ayuda a los damnificados por los sucesos.

Los pediatras, como custodios solidarios, con los padres, de la salud física y mental de niños y adolescentes deben estar preparados para brindar los consejos adecuados frente a las inquietudes que los padres planteen y la Sociedad Paraguaya de Pediatría (S.P.P.) está conciente de ello.

Como lógica y esperada consecuencia de toda la tragedia del 1 de Agosto comenzarán la búsqueda de los responsables o culpables de lo ocurrido. Es de esperar que los mismos sean individualizados y asuman como tales sus responsabilidades. Eso ya incumbe a otras instancias que sobrepasan a la S.P.P.

Entre tanto es nuestra labor ayudar a paliar, dentro de lo posible, tanta angustia, tanto dolor, por los niños fundamentalmente, cuyas vidas fueron truncadas en lo mejor de su existencia, y por sus padres, hermanos, tíos y abuelos que hoy los han acompañado en esta tragedia o que impotentes lloran esta desgracia.

En ese sentido la S.P.P. se ha sumado al enorme esfuerzo solidario nacional e internacional que tan espontáneamente ha brotado luego del desastre del 1 de Agosto.

La S.P.P. siente en carne propia todo el dolor de los directamente afectados, sobre todo el dolor y muerte de tantos niños, la mayoría de ellos pacientes nuestros.

La S.P.P. es solidaria con la enorme tristeza que ha enlutado a tantos hogares paraguayos. Pero por sobre todos estos sentimientos, la S.P.P. se une solidariamente a todos aquellos que, a gritos, o que aún con su silencio, exclaman con voces y letras mayúsculas !NUNCA MÁS!

Prof. Dr. Juan Jaime Bestard